

Domingo 22: Bienaventuranza Eterna

Preguntas y Respuestas 57-58

Lectura: 1 Tesalonicenses 4

Salterios:

Primero: 386:1,3

Segundo: 31:3,7

Tercero: 225:1-3

Cuarto: 29:2,3

Último: 203:3-4

Querida congregación,

Hay un pasaje muy interesante en la obra de Juan Bunyan, *El Progreso del Peregrino*, que arroja luz sobre el tema que vamos a considerar hoy. Es el pasaje en que Cristiano y Esperanza, en su viaje desde la Ciudad de Destrucción hacia la Ciudad Celestial, alcanzan las Montañas de las Delicias. En estas encantadoras montañas, los peregrinos cansados pueden descansar y recibir un anticipo de la Tierra de Emanuel. Aún no es el cielo mismo, pero es un lugar donde pueden ver algo *del* cielo. Niños, no podían verlo a simple vista, sino que necesitaban usar anteojos de perspectiva. Los pastores que moraban en las Montañas de las Delicias se los prestaron, y cuando Cristiano y su compañero miraron a través del anteojo, entonces sí, alcanzaron a vislumbrar la Ciudad Celestial. No podían ver con claridad aquella ciudad porque les temblaban las manos. Estaban profundamente impactados por lo que habían visto momentos antes: un atajo al infierno, un camino seguido por hipócritas como Judas, Ananías y Safira, un camino que conducía al lugar de la aflicción eterna. Esto hizo que las manos de los peregrinos temblaran al sostener el anteojo. Sin embargo, lograron ver algo: vieron la puerta de la Ciudad Celestial y algo de la gloria del lugar hacia el cual viajaban.

Congregación, cuando leemos 1 Tesalonicenses 4, podemos afirmar que el apóstol, también, miró a través de ese anteojo. Presten atención a lo que Pablo escribe: *“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza”* (versículo 13). Entonces Pablo comienza a hablar de la gloria del cielo y del consuelo que espera a aquellos que algún día llegarán a la tierra donde mora Dios y en la cual Sus hijos podrán tomar de los ríos de agua viva. Él dice, por así decirlo, a la iglesia en Tesalónica: *“Vengan, miren una vez por este anteojo”*. Anima al pueblo de Dios a esperar en el Señor a pesar de todas sus luchas y debilidades. Les dice lo que se puede ver por el anteojo de la fe.

Que a nosotros también nos sea concedido mirar a través de ese anteojo hoy, para ver lo que espera a aquellos que están en el camino angosto hacia la vida eterna. Que Él toque los corazones de los inconversos para que abandonen el mundo de pecado, y que llene los corazones de Su pueblo con un anhelo santo y un coraje renovado. Prestemos nuestra atención a los últimos artículos de nuestro Credo, tal como son explicados en el Domingo 22 de nuestro Catecismo. Leámoslo juntos.

Pregunta 57: ¿Qué consuelo te da de la resurrección de la carne?

Respuesta: Que no sólo mi alma después de esta vida será llevada en el mismo instante a Cristo, Su cabeza, sino que también esta mi carne, siendo resucitada por el poder de Cristo, será de nuevo unida a mi alma y hecha conforme al glorioso cuerpo de Cristo.

Pregunta 58: ¿Qué consolación te ofrece el artículo de la vida eterna?

Respuesta: Que si ahora siento en mi corazón un principio de la vida eterna, después de esta vida gozaré de una cumplida y perfecta bienaventuranza que ningún ojo vio ni oído oyó, ni entendimiento humano comprendió, y esto para que por ella alabe a Dios para siempre.

El Domingo 22 nos habla acerca de una:

Bienaventuranza Eterna

Esta bienaventuranza o felicidad eterna consiste en tres cosas:

1. El alma del cristiano llevada al cielo
2. El cuerpo del cristiano levantado en gloria
3. El gozo del cristiano creciendo hasta la perfección

Otra vez: la bienaventuranza eterna, consistiendo, en primer lugar, en el alma llevada al cielo (la primera parte de la Respuesta 57): “Que no sólo mi alma después de esta vida será llevada en el mismo instante a Cristo, Su cabeza”; luego, el cuerpo levantado en gloria (la segunda parte de la respuesta): “sino que también esta mi carne, siendo resucitada por el poder de Cristo, será de nuevo unida a mi alma y hecha conforme al glorioso cuerpo de Cristo”; y, luego, finalmente, el gozo creciendo hasta la perfección (la respuesta a la última pregunta): “Que si ahora siento en mi corazón un principio de la vida eterna, después de esta vida gozaré de una cumplida y perfecta bienaventuranza que ningún ojo vio ni oído oyó, ni entendimiento humano comprendió, y esto para que por ella alabe a Dios para siempre”.

Primer pensamiento. El alma llevada al cielo.

Congregación, cuando la Pregunta 57 pregunta por el consuelo de la resurrección del cuerpo, algo sorprendente sucede. Esperaríamos que la respuesta se correspondiera con la pregunta y, por cierto, hay cierta correspondencia, pero se toma un tiempo antes de que eso sea expresado. En la respuesta, primeramente escuchamos algo acerca del *alma* del hombre. El énfasis no recae sobre el cuerpo y la resurrección de este, sino en la importancia del alma y en cómo el alma del pueblo de Dios es llevada al cielo inmediatamente cuando ellos fallecen. Esto puede parecer un poco raro, pero en realidad no lo es. Si no tenemos una esperanza fundada de que nuestra alma será llevada para estar con Cristo, ¿qué consuelo hay entonces en la resurrección del cuerpo? ¿Qué ánimo nos da eso si aún permanecemos inconversos y si nuestra alma no es salva?

Es por eso que nuestro Catecismo comienza hablando de algo que, en realidad, no podemos encontrar en los Doce Artículos de nuestra fe cristiana. Allí leemos solamente acerca de la resurrección del cuerpo y la vida eterna. Sin embargo, es bueno que el instructor dirija nuestra atención a nuestra alma inmortal, ese precioso don que hemos recibido del Señor. A menos que hayamos sido salvos por gracia, nuestra alma se perderá para siempre y tendremos que sufrir el castigo justo de nuestros pecados. Así que, la resurrección del cuerpo nunca debería separarse del destino eterno de nuestra alma. Para el pueblo de Dios, la gloriosa resurrección de su cuerpo en el último día está inseparablemente conectada con el regreso de su alma al hogar en el día de su muerte. Son dos beneficios distintos que, al mismo tiempo, están vinculados.

¿Qué es nuestra alma? La respuesta puede encontrarse en Génesis 2. Dios hizo al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida, para que el hombre llegara a ser “*un ser viviente*” (Génesis 2:7).¹ Es interesante ver cómo la Biblia describe esto. Estamos acostumbrados a decir que *tenemos* un alma, pero la Palabra de Dios nos dice que *somos* un alma. Adán fue hecho un ser, o alma, viviente. Nuestra alma es el núcleo de nuestro ser. Podríamos decir que nuestra alma es nuestra personalidad tal como se manifiesta en nuestras palabras, hechos y acciones. Es el principio de vida que Dios ha puesto en el hombre. Es la vida misma, en cuanto reposa en las manos del Dios Todopoderoso. Así que el hombre es inmortal. A diferencia de su cuerpo, su alma nunca morirá. Hemos sido creados con un alma que nunca morirá. Hemos sido creados no solo para lo temporal, sino también para una eternidad sin fin.

En todo tiempo ha habido personas que niegan esto. Ya en los días del Señor Jesús, los saduceos no creían en los ángeles, ni en los espíritus, ni en el alma del ser humano. Afirmaban que con la muerte todo se acaba. Escuchamos lo mismo en nuestro día, ¿no es así? Hay personas que dicen: “Muerto es muerto. No hay nada más salvo nuestra existencia física. Podría hablarse del cielo, pero el cielo, a lo mejor, no es más que un estado de felicidad en este mundo. Podría hablarse del infierno; bueno, eso no es más que el sufrimiento en esta vida. Algunas personas atraviesan un infierno de dificultades y experiencias dolorosas, pero no hay eternidad ni alma inmortal”.

¹ En inglés (traducción KJV), literalmente: “*un alma viviente*”.

¿Tienen razón esas personas? ¿Qué dice el Señor Jesús acerca de ello? Esta pregunta es bastante importante porque incluso teólogos hoy dicen que el hombre no tiene un alma eterna y que todo el discurso acerca de las almas ha sido influido por la filosofía griega. Sin embargo, el Señor Jesús dice a Sus discípulos en Mateo 10:28: *“Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero el alma no pueden matar; antes temed a aquel que puede destruir tanto el alma como el cuerpo en el infierno”*. Más claro no puede ser. Tenemos un cuerpo y un alma. Nuestra alma es la parte más preciada de nuestro ser. *“Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?”* (Marcos 8:36). ¡Pierda su alma, y habrá perdido todo! ¡Reciba la salvación de su alma, y todo su ser será salvo!

Nuestra alma es muy importante. ¿Se dan cuenta de ello? ¿Cómo viven ustedes? ¿Solo para su cuerpo, su salud, su comida y bebida, su ropa, su casa, su auto, su vagoneta, su camioneta, sus vacaciones y todas las cosas efímeras del tiempo y de los sentidos? ¿Están tan ocupados con las necesidades de su cuerpo que desatienden las necesidades de su alma? ¿Viven como si esta vida nunca fuera a terminar? ¿Están completamente absorbidos en sus estudios y labores diarias? Entonces su alma se está consumiendo. Mi amigo, si eso no cambia, entonces se acerca el día en que dirá: *“¡Ojalá hubiera cuidado de mi alma tanto como he cuidado de mi cuerpo!”*

Los hijos de Dios tienen una porción y una expectativa mejor. Su alma entrará en un estado de bienaventuranza eterna en el momento en que mueran. No se volverán menos como resultado de la muerte; al contrario, experimentarán un cambio glorioso y recibirán el deseo de su corazón. Nuestro Catecismo dice que esto sucederá inmediatamente después de esta vida, en el mismo momento en que los hijos de Dios exhalen su último aliento y partan de este mundo. Esa es la gloriosa verdad expresada en el Domingo 22.

No debería sorprendernos que, en cuanto a esto, muchos errores hayan entrado en diferentes tiempos y lugares. La Iglesia Católica Romana, por ejemplo, ha negado que las almas de los hijos de Dios vayan a estar con Cristo inmediatamente después de la muerte. La Iglesia de Roma se ha inventado un purgatorio. Si escuchan atentamente esta palabra difícil, hay algo reconocible en ella: la palabra “purga”. Así, se dice que el purgatorio es el lugar donde las almas están siendo purgadas o purificadas de las imperfecciones que aún les quedan. Aquellos que no se han vuelto lo suficientemente santos en esta vida, como dicen los sacerdotes, no pueden dar el último paso de este mundo al más allá; deben ser purgados para volverse aptos para el cielo. Esta superstición no contiene ningún consuelo. Es una doctrina miserable que ha llenado las arcas de la iglesia y los bolsillos del clero, pero que ha robado a Cristo de Su gloria. ¿No dijo Él al ladrón en la cruz: *“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”* (Lucas 23:43)? ¿Ha muerto Cristo en vano entonces? ¿Debe ser castigado el pecado dos veces? En breve, la invención del purgatorio es una enseñanza que deshonra a Dios.

Otros dicen que el alma del hombre duerme tan pronto como el hombre muere. Este error se encuentra entre los llamados anabaptistas en los días de Calvino, Lutero y Zwinglio, y también entre los llamados Testigos de Jehová hoy en día. Lo que dicen es que cuando alguien muere, entra en un sueño profundo hasta el momento en que el Señor Jesús regrese a este mundo. El alma no es consciente de nada en ese intervalo, en el período entre su muerte y el regreso de Cristo. Si eso fuera cierto, Esteban se habría equivocado gravemente cuando clamó en la hora de su muerte: *“Señor Jesús, recibe mi espíritu”* (Hechos 7:59). Entonces Pablo también habría hablado de una vana esperanza cuando dijo en Filipenses 1: *“Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia”* (versículo 21). Sin embargo, el apóstol no se equivocaba. Por gracia, pudo confesar que nadie lo podía separar del amor de Dios que está en Cristo Jesús, no, ni siquiera la muerte.

En África y otras regiones del mundo, existe la creencia de que el alma no parte del cuerpo hasta que ha sido enterrado. La gente cree que el alma sigue rondando hasta que se lleva a cabo el funeral. Incluso cuando el alma ha partido hacia el reino de los espíritus, aún es capaz de regresar de vez en cuando. Tales ideas raras se oyen hoy en día en el mundo occidental debido a la influencia de las religiones orientales como el hinduismo y el budismo. Algunos hablan de la reencarnación. Creen que el alma de una persona fallecida puede viajar de vuelta a este mundo y tomar su morada en otro cuerpo.

Congregación, si vivimos cerca de la Palabra de Dios, no tenemos por qué confundirnos con todas esas enseñanzas erróneas. En Eclesiastés 12:7, el Rey Salomón dice que el cuerpo vuelve al polvo, pero que el espíritu regresa a Dios —Aquel que lo dio. Y en el último libro de la Biblia, en Apocalipsis 14:13, leemos: *“Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueren en el Señor”*. El espíritu de los hijos de Dios no necesita esperar antes de ser recibido en el lugar de gloria. Nuestro espíritu no vagará por algún tiempo, sino que, inmediatamente después de la muerte, regresará a Dios para ser juzgado. El espíritu de los impíos será enviado inmediatamente al infierno, pero el espíritu de los justos irá de inmediato al cielo. *“Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueren en el Señor”*. Son llevados “en el mismo instante a Cristo”.

Hay algo tan maravilloso en esa expresión “llevados al cielo”. Los hijos de Dios merecen ir hacia abajo, pero, en cambio, son llevados hacia arriba. Se han hecho dignos de descender al abismo más profundo posible, y a menudo temen que ese será su fin. Solo piensen en Hemán en el Salmo 88, quien estaba encerrado y no podía salir. Sin embargo, cuando mueren, son llevados arriba —esas criaturas viles, esos hijos de Adán que aprendieron a declarar que Dios sería justo, incluso si tuviera que echarlos en la eterna condenación. Oh maravilla, no se hundirán en la ruina y perdición, sino que serán llevados a su gloriosa Cabeza, Jesucristo.

Piensen en Lázaro y el hombre rico. Nuestros jóvenes conocen bien la parábola. Lázaro no tenía ninguna riqueza en este mundo, pero sí tenía un nombre. Los perros que le venían a lamer las

llagas eran sus únicos compañeros en la tierra; sin embargo, tenía a un Dios en el cielo. Por eso fue llamado Lázaro: El Señor es mi Ayudador. El hombre rico, por el contrario, no tenía un nombre. Tenía posesiones materiales, pero ningún gozo interno. Sin embargo, cuando el pobre Lázaro murió, los ángeles vinieron a encontrarlo. Estaban esperando por su alma; lo llevaron con amoroso cuidado hasta el seno de Abraham. Regresó a casa para estar con el Señor. ¡Qué bendición: llevado al cielo, en vez de tener que hundirse debido al pecado y la culpabilidad!

Ser llevado a Cristo es el gozo del cielo. Pablo dice en 1 Tesalonicenses 4:17: *“y así estaremos siempre con el Señor”*. Querida congregación, la bendición del cielo no consiste en que no habrá allí ninguna hambre, ni sed, ni necesidad alguna, sino que Cristo estará allí como el Esposo amado de la iglesia. En una de sus cartas, Samuel Rutherford escribió: “Si Cristo no estuviera en el cielo, no quisiera ir allí. Si escuchara que Cristo está en el infierno, desearía que ese fuera mi lugar”. ¿Erró en decirlo? No, no erró. Esas palabras demostraban que no era alguien que buscaba el cielo, sino alguien que buscaba a Cristo. Rutherford había recibido el Espíritu de Cristo, y el Espíritu hace que el alma anhele al Salvador y la comunión con Dios por medio de Cristo. *“Y así estaremos siempre con el Señor”*.

Jóvenes y mayores, ¿se aplica ese mensaje consolador a nosotros? Entonces deberíamos poder dar una respuesta a la pregunta de si Cristo se ha convertido en nuestra Cabeza. Por cierto, podemos afirmar que Él es la Cabeza *de la iglesia*. Esa es una verdad general, pero tiene que volverse personal. ¿Es Él ya *mi* Cabeza, mi Maestro y mi Salvador? No es mi Cabeza por naturaleza. Debe ocurrir un milagro en mi vida —el milagro del nuevo nacimiento. En nuestro Catecismo, sin embargo, encontramos a un hijo de Dios que puede levantar la mirada hacia arriba, ver a Cristo y llamarlo la “Cabeza” de su alma. Cristo es la Cabeza de la iglesia entera, pero también lo es del alma que ha sido tocada y vivificada por el Espíritu de Dios. Si eso es cierto para nosotros, entonces, y solamente entonces, el mensaje consolador del Domingo 22 se aplicará a nosotros.

¡Oh, esta Cabeza de la iglesia, esta Cabeza del alma, es tan gloriosa, tan buena, tan grande, tan digna de ser servida! ¿No quisieran ser súbditos de tal Cabeza, jóvenes? ¿No quisieran inclinarse ante tal Rey, niños? Arrodíllense y suplíquenle por un corazón que lo ame. Pidan la guía del Espíritu de Dios, porque por naturaleza estamos sirviendo a otra cabeza. En nuestra cabeza del pacto, Adán, hemos caído y estamos lejos de Dios. Debemos ser convencidos de nuestra rebelión de modo que se convierta en nuestra culpa y tristeza. Debemos aprender que un cambio debe suceder en nuestras vidas, no solamente un cambio externo de nuestras obras, sino un cambio interno de gracia. ¡Oh, debemos conocer nuestros pecados a la luz de la ley de Dios! Necesitamos más que una experiencia emocional o una impresión temporal sobre nuestra conciencia. Debemos ser convencidos de nuestro estado perdido y aceptar nuestro merecido castigo. Debemos ser traídos a los pies de Aquel de cuya mano hemos salido sin ninguna imperfección. Debemos aprender que tenemos solo un derecho —el derecho a la perdición eterna.

Es por tales personas que el Señor Jesús se entregó a Sí mismo, y es a tales personas que Él se revelará. Son tales personas a quienes Él viene a abrazar cuando todo se ha perdido del lado del hombre. Él descendió más profundo de lo que nosotros hemos caído. En Él está la plenitud de vida. En Él está todo. Mirándolo por la fe, el apóstol Pablo pudo clamar: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:55). Cuando el pueblo de Dios puede contemplarlo, a veces puede ver más allá de la tumba y cantar: “Según Tu consejo siempre me guiarás; y luego en gloria me recibirás” (Salterio 202:1).

Segundo pensamiento. El cuerpo levantado.

Hay consuelo en el regreso a casa del alma, pero también hay un consuelo especial en la resurrección del cuerpo. Eso se expresa claramente en la segunda parte de la respuesta a la Pregunta 57, que dice: “que no sólo mi alma después de esta vida será llevada en el mismo instante a Cristo, Su cabeza, sino que también esta mi carne, siendo resucitada por el poder de Cristo, será de nuevo unida a mi alma y hecha conforme al glorioso cuerpo de Cristo”.

Esta segunda parte de la respuesta trata sobre el cuerpo tal como será resucitado en el último día. Hemos enfatizado que el bienestar de nuestra alma es el asunto más importante, y aún mantenemos esa postura. Sin embargo, no olvidemos que tenemos un cuerpo también y que no debemos descuidarlo. No debemos considerar nuestro cuerpo como algo inferior o como una prisión para el alma. El Señor hizo nuestro cuerpo; por eso es importante. Nuestro Creador nos dio una existencia física.

Cristo también tuvo, y aún *tiene* un cuerpo. Cuando el Hijo de Dios entró en este mundo, asumió una naturaleza humana de la Virgen María: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1:14). Cristo tuvo un cuerpo tal como el nuestro. Aunque Él nunca pecó, también fue sujeto a las consecuencias de nuestro pecado. Su cuerpo era un cuerpo debilitado. No era el cuerpo fuerte de Adán antes de la caída, sino el cuerpo debilitado del hombre después de ella. El Salvador descendió a este mundo con el fin de redimir a Su pueblo con cuerpo y alma. Él pagó el precio de Su sangre para purificarlos de toda maldad, tanto del cuerpo como del alma. Esa es otra razón por la que no deberíamos descuidar nuestro cuerpo. Jesucristo se hizo hombre para librar a Su pueblo con cuerpo y alma, y no descansará hasta que sus cuerpos sean resucitados del polvo y librados de todas las consecuencias del pecado.

La obra de Dios no estará completa hasta que hayan sido establecidos un nuevo cielo y una nueva tierra. Los redimidos morarán en aquel nuevo cielo y nueva tierra con cuerpos glorificados. Ese cuerpo será el mismo en esencia, pero diferente en sus cualidades. Tendrá la misma identidad, pero ya no tendrá ninguna debilidad ni mortalidad. Dios anhela esa hora —lo decimos con toda ternura. Dios obra hacia el momento en que la creación caída será librada de toda la esclavitud

de la corrupción. La creación, gimiendo como una mujer con dolores de parto, aún está sujeta a miseria, pero el reino de Dios está viniendo en gloria. Ese es el gran propósito de la obra redentora de Dios. No es, en primer lugar, que el hombre pase una eternidad feliz, sino que Su majestad sea revelada y que las obras de las tinieblas sean destruidas. Ese fue el gran propósito de Dios no solo al crear el mundo, sino también al volver a crear un mundo caído.

Dios lo anhela, y también lo anhelan Sus hijos. Por cierto, su anhelo no es más que un pálido reflejo de aquel santo anhelo de Dios, pero cuando Sus hijos están en el lugar correcto y su expectativa está viva, anhelan esa hora en que el honor de Dios ya no será pisoteado. Pareciera, en el presente, que Satanás tiene la última palabra, pero se acerca el día en que el Señor demostrará Su poder, amor y sabiduría plenamente.

Su pueblo participará de esa gloria. Aquí abajo tuvieron que contarse dignos de la maldición que reposa sobre toda la creación. Fueron llevados a reconocer su culpa y sentencia, pero también fueron rescatados por los brazos del eterno amor. ¡Oh, maravilla de maravillas!, fueron acercados al corazón paternal de Dios, y cuando les fue dado encontrar paz con Dios por medio de la sangre de Cristo, fue como si todo les hablara de paz. Entonces, incluso los animales y las piedras del campo tenían paz con los hijos de Dios, y los hijos de Dios con ellos.

Sin embargo, esto es solo un anticipo de la gloria que será revelada. Se acerca el día en que Dios será todo en todos. El cuerpo del pueblo de Dios es demasiado débil para contener la plenitud de esa gloria. Puede haber momentos en que el Señor derrame una cantidad tan grande de Su amor en sus corazones que tengan que decir: “Señor, es casi demasiado para mí. No puedo soportarlo.” Un nuevo cuerpo y un corazón purificado serán necesarios para soportar el derramamiento pleno del amor de un Dios Trino. Este cuerpo aún es un cuerpo de pecado y de muerte; es un vaso roto y agrietado.

Congregación, ¡cuánto consuelo hay en la resurrección del cuerpo! El Catecismo dice: “que también esta mi carne, siendo resucitada por el poder de Cristo, será de nuevo unida a mi alma.” Es una confesión conmovedora que nos recuerda las palabras de Job, quien, sentado sobre el montón de cenizas de su vida, recibió la fe para creer que su cuerpo maltratado sería un día resucitado en gloria, y que vería a Dios en su propia carne.

El cuerpo del ser humano se levantará del polvo. Esto es difícil de comprender si pensamos en todas las personas que han muerto y han sido sepultadas. En el Indian Battle Park, cerca de Lethbridge, por ejemplo, se puede encontrar la tumba de un joven que tenía solo diecisiete años cuando falleció.² Su nombre era Henry Stafford. Murió de fiebre tifoidea en el año 1883, cuando

² El autor da un ejemplo tomado de su propio contexto en la ciudad de Lethbridge, en Canadá. Quien lea el sermón durante el culto puede optar por dejar esta parte tal como está o reemplazarla con otro ejemplo más adecuado.

los mineros de carbón se establecieron en esta zona del sur de Alberta. En el día del regreso de Jesús, la tumba de Henry será abierta, así como las tumbas de todas las personas que hayan vivido.

Uno podría decir: “Sí, ¿pero qué ha quedado de todos esos cuerpos? Algunos incluso ni siquiera han sido enterrados. Han sido quemados por fuego, comidos por bestias o devorados por tiburones. ¿Cómo jamás podrán ser resucitados esos cuerpos?” No puedo decirles exactamente cómo sucederá eso, congregación, pero sí les contaré una historia sobre Isaac Newton. Un día, este gran sabio recibió la visita de un ateo que le preguntó: “Usted es una gran luz; es muy inteligente. ¿Cómo es posible que crea en la resurrección del cuerpo?” Newton no le respondió, sino que siguió trabajando. Puso virutas de madera en una caja junto con limaduras de hierro y las mezcló. Cuando el visitante le preguntó: “¿Qué está haciendo?”, Isaac Newton respondió: “Espere un momento”. Tomó un imán y lo sostuvo sobre la caja, y al instante todas las limaduras de hierro volaron hacia el imán. Entonces se dio vuelta y preguntó: “¿Vio eso? Si un imán muerto es capaz de hacer esto, ¿no podrá el Dios viviente reunir todas las piezas y partículas perdidas de nuestros cuerpos?”

No creemos en un Dios sin poder, congregación. Creemos en un Dios Todopoderoso. Al oír los últimos dos artículos de nuestro Credo Apostólico, debemos recordar lo que hemos oído en algunos de los artículos anteriores. En primer lugar, dice: “Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.” ¿No creen ustedes que la restauración del mundo en el último día reposa en buenas manos con el Señor de señores? Imagínense a un paciente que debe someterse a una cirugía en un hospital. Aunque el cirujano intenta explicarle lo que va a hacer, el paciente no puede comprenderlo del todo. Sin embargo, confía en su médico y se entrega al cuidado de ese profesional. Ustedes mismos pueden hacer la aplicación.

En el Artículo 2 escuchamos: “Creo en ... Jesucristo, Su único Hijo”. Ahora, pregúntense: “¿Quién es ese Cristo?” Es el mismo que dijo: *“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”* (Juan 11:25). Consideren también el octavo artículo, que dice: “Creo en el Espíritu Santo”. No piensen ligeramente en eso. “Yo creo en el Espíritu Santo”. En Romanos 8:11, el apóstol dice: *“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó a Cristo de los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”*.

Déjenme decirlo muy sencillamente: si el Señor es capaz de hacer que un corazón muerto espiritualmente cobre vida, ¿no será capaz de hacer que un cuerpo muerto vuelva la vida física, aunque no quede nada, o prácticamente nada, de ese cuerpo? ¿Cuál es un milagro más grande, niños y niñas: la resurrección del cuerpo o la resurrección del alma? Solo piensen en la conversión del hijo pródigo. Cuando él volvió a casa con un corazón quebrantado, su padre dijo: *“Este mi hijo muerto era, y ha revivido”* (Lucas 15:24). ¿Cuál de las dos es una maravilla más

grande? Si el Señor puede realizar un milagro sobrenatural, ¿no será capaz también de realizar un milagro natural?

El Señor Jesús habló acerca de ese segundo milagro cuando dijo: *“No os maravilléis de esto; porque vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron bien saldrán a la resurrección de vida; mas los que hicieron mal, a la resurrección de condenación”* (Juan 5:28-29). Conciérne a todos los hombres; hay también una resurrección de los inconversos. Esa resurrección no se llevará a cabo en virtud de la misericordia de Dios, sino en virtud de Su poder. Esa resurrección no será un fruto bendito de la resurrección de Jesús, sino una ejecución de la justicia santa de Dios.

¡Oh, cuán terrible será si hemos permanecido inconversos, si hemos oído las advertencias, pero nunca les hemos hecho caso! ¡O si nos hemos halagado a nosotros mismos con el pensamiento de que el Señor es bueno y misericordioso, pero hemos rehusado arrepentirnos de nuestros pecados y huir a Cristo! Entonces nosotros también resucitaremos, pero será una resurrección para condenación. Tendremos que sufrir en nuestro cuerpo y alma sin poder obtener consuelo jamás.

Consuelo —dos veces habla nuestro Catecismo acerca del consuelo aquí. Sabemos que hay mucho dolor en este mundo. Si lee los periódicos, podrá ver las columnas de avisos necrológicos. Hay un mar de tristeza y un torrente de lágrimas tras cada anuncio de muerte. ¿Dónde puede hallarse el verdadero consuelo? ¡Solamente en el Señor, por el camino de la verdadera conversión! En el Domingo 22, un verdadero creyente puede decir sobre ello: “que también esta mi carne, siendo resucitada por el poder de Cristo, será de nuevo unida a mi alma y hecha conforme al glorioso cuerpo de Cristo”.

Los hijos de Dios también tendrán que morir, a menos que permanezcan vivos hasta el regreso del Señor Jesús. Cuando mueren, su cuerpo es puesto en un ataúd y bajado al sepulcro. Es sembrado como una semilla, y reposará en la tierra hasta el día de la cosecha, cuando Jesús volverá por los cuerpos de Sus hijos. ¡Cuán maravilloso será el día de la resurrección cuando todos los cuerpos del pueblo de Dios se levantarán y serán unidos con sus almas —cuando los redimidos magnificarán al Señor con cuerpo y alma! Esos cuerpos no permanecerán en el polvo de la tierra. Esa es la verdad de la Palabra de Dios y también la verdad del Domingo 22. De esa gloriosa verdad queremos cantar desde el Salterio 29, estrofas 2 y 3.

* * * * *

Tercer pensamiento. El gozo creciendo hasta la perfección.

El último artículo de nuestro Credo Apostólico habla de la vida eterna. ¿Cuándo comienza esa vida? Otra vez, comienza más temprano de lo que habríamos esperado. No comienza en el futuro, ni en el cielo, sino ya ahora, en el corazón. Esto se vuelve claro cuando escuchamos la Pregunta y Respuesta 58: “¿Qué consolación te ofrece el artículo de la vida eterna? Respuesta: Que si ahora siento en mi corazón un principio de la vida eterna, después de esta vida gozaré de una cumplida y perfecta bienaventuranza que ningún ojo vio ni oído oyó, ni entendimiento humano comprendió, y esto para que por ella alabe a Dios para siempre”.

Nuestro Catecismo nos muestra que la vida eterna comienza aquí en este mundo, una noción completamente de acuerdo con las Sagradas Escrituras. ¿No dijo el Señor Jesús: *“El que oye mi palabra y cree al que me ha enviado tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”* (Juan 5:24)? Así que, al hablar de la bienaventuranza y la felicidad eternas, no deberíamos tener una concepción errónea de ello. La vida eterna comienza ya de este lado de la tumba. La vida que los hijos de Dios disfrutaban aquí y la vida venidera no son dos clases distintas de vida, sino una misma vida, recibida primero como brote, que luego se desarrolla gradualmente y que finalmente llega a su plenitud en la eternidad.

El pueblo de Dios no realizará una obra extraña en el cielo. Tampoco se encontrará con un Dios extraño. Ha recibido una vida que jamás morirá de nuevo. Es importante entender esto, para que no engañemos a nuestras almas ni nos alimentemos con la falsa esperanza de que, aunque nunca hayamos conocido la vida de gracia, quizá nos vaya bien después de todo. No, debemos recibir esa vida eterna aquí —la vida de la que el Señor dijo: *“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste”* (Juan 17:3). La vida eterna no significa solamente que el hombre vivirá eternamente en un sentido físico y biológico, sino que significa conocer a Dios en Cristo, servirle y gozar de Él para siempre.

Fuera de Jesús no hay vida —solamente hay ruina eterna. Él es Aquel que ha conquistado la muerte, que reconcilia a los pecadores con Dios y que concede una vida que nunca termina. Así que, el consuelo del que oímos aquí, en la Pregunta 58, fluye de aquella única fuente: Jesucristo, y este crucificado. Esta vida solamente se experimenta en unión y comunión con Él. La comunión con Cristo otorga un gozo que es indescriptible.

Nuestro Catecismo menciona este gozo en particular. Habla acerca de “gozar de una cumplida y perfecta bienaventuranza”. ¿Qué es el gozo? El gozo, en su sentido más profundo, es un fruto del Espíritu Santo. El verdadero gozo es un fruto de esa verdadera fe salvadora que el Señor implanta en los corazones de Su pueblo. ¿Conocemos algo de ese gozo? Ese gozo nunca existirá sin tristeza en esta vida. Es un gozo sentido por aquellos que están llorando por sus pecados, por su corazón depravado y por su profunda caída. Todos los hijos de Dios experimentarán gozo —unos más que otros— pero cada uno conocerá algo de ello. Aún está mezclado con tristeza en este lado del Jordán de la muerte, pero llegará el día en que ese gozo subirá hasta su máxima

altura. Aquí es el comienzo de ese gozo, pero allí será cumplido de modo que no conocerá límites.

Pueblo de Dios, su comunión con el Señor es aún tan a menudo quebrantada por el pecado y la incredulidad. Su gozo, tan a menudo, se oscurece por la tristeza. Esa también fue la experiencia de los santos de la Biblia; sólo piensen en Jacob y María Magdalena. Hay un comienzo del gozo eterno en esta vida, pero es solo el principio. Esto hace que su alma anhele tanto el día en que se gozará como nunca antes, y cuando el pecado y las tinieblas habrán desaparecido para siempre. *“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía”* (Salmo 42:1). Ah, apenas podemos balbucear sobre ello, pero hay algo que sí podemos decir con convicción: no hay gozo como el gozo que se experimenta en la comunión con Dios en Cristo por el Espíritu Santo, y en la adoración de ese Dios Trino. Esa es la vida del cielo; esa es la obra de los redimidos; ese es la bienaventuranza y el gozo eternos.

La versión en inglés de nuestro Catecismo de Heidelberg habla de un “comienzo”. La versión en holandés tiene una palabra ligeramente distinta, una palabra que a veces se utiliza para referirse a un carpelo con un ovario. Las flores pueden reproducirse porque tienen ese carpelo. Hay un *principio* de vida en una flor. Así, en la versión en castellano se utiliza la palabra “principio”.³ ¿Ve usted la diferencia con la palabra “comienzo”? Un comienzo puede nunca tener una continuación. Por ejemplo, usted puede comenzar a construir una casa, pero puede ser que nunca la termine. El comienzo está allí, pero no está vivo. Con un principio de vida es diferente. Debido a ese principio de vida, hay vida y crecimiento, y nunca terminará. Esa es la diferencia. El principio del gozo eterno no es solo el comienzo —un comienzo que puede ser interrumpido de nuevo— sino que es la garantía de que nunca cesará. La eternidad está en ello: eternidad y vida para siempre.

El opuesto del gozo eterno es la muerte eterna. Significa una separación eterna de Aquel que es la Fuente de vida. En Apocalipsis 9:6 leemos que aquellos que nunca han aprendido a inclinarse ante Dios buscarán la muerte en el Día del Juicio, pero la muerte huirá de ellos. ¡Solo piensen en ello! Si las personas buscan la muerte intencionadamente, ¡deben estar muy desesperadas! Buscan consuelo en la muerte, pero incluso ese frío consuelo no podrá ser hallado, porque la muerte huirá de ellas. Esa es la terrible realidad del infierno. El infierno significa que usted deseará morir, pero ya nunca podrá morir; deseará vivir, pero ya no podrá vivir.

¡Oh, cuán desdichados son aquellos que aún están viviendo por su propia cuenta! ¡Cuán terrible será morir en su estado inconverso! ¡Qué futuro más oscuro les espera! Hoy en día, muchas

³ El traductor ha añadido esta oración y se ha tomado la libertad para modificar este párrafo para dar claridad, ya que lo que el autor expresa tiene sentido en inglés, pero no en español, dado que la versión en castellano utiliza la palabra “principio”.

personas desean mantenerse jóvenes. Hacen de todo para evitar las arrugas, pero todo es en vano. Es la política del avestruz: es enterrar la cabeza en la arena.

Hay una mejor esperanza, congregación. Hay un mejor futuro —el futuro del pueblo de Dios. Es un futuro de eterno gozo. Pidan al Señor que les enseñe estas cosas experimentalmente. Incluso si usted debe admitir: “Estoy tan atado a las cosas de este mundo, del tiempo y los sentidos”. El Señor puede resolver eso también. Pídanle que les muestre lo que les falta y lo que será el futuro de Sion. Eso nunca podrá expresarse en palabras.

El Catecismo tampoco intenta explicarlo. Lo pone en la forma negativa. Dice: “Ningún ojo vio, ni oído oyó, ni entendimiento humano comprendió”. Si hay alguien que dice: “Yo lo puedo explicar; puedo contarte cómo es el cielo”, no le confíen, porque nadie jamás puede explicarlo. Siempre es mayor, siempre es más grande, pero una cosa es cierta: el cielo es el lugar donde el pueblo de Dios magnificará al Señor y lo alabará para siempre.

Debemos concluir, pero déjenme preguntarles una cosa más. ¿Alguna vez han tenido un anticipo de lo que será morar en el cielo? Quizá no pueda hablar de ello y pregunte: “¿Cuántos años debe tener alguien para poder recibir eso?” ¡No muchos! Sabemos de niños y jóvenes que lo han recibido. Podemos leer acerca de ello. William Eversdyk, por ejemplo, escribió los testimonios de varios jóvenes que, a temprana edad, partieron de esta vida con una buena esperanza para la eternidad. También sucede en las vidas de gente mayor. Piensen en aquel hombre mayor que estaba acostado en su lecho de muerte cuando el cielo descendió tanto que llamó a sus seres queridos y les preguntó: “¿Oyeron eso?” Ellos se quedaron a escuchar, pero no oyeron nada. Dijo de nuevo: “¿No lo oyen? Están cantando”. Escuchó a los ángeles cantando y alabando a Dios. Recibió un anticipo de ese gozo celestial. Era como una uva de Escol (Números 13:23). ¡Oh, piensen en ello! Si las uvas ya son tan dulces, ¿cómo será la cosecha? Pueblo de Dios, ese es su futuro. Es una vida que nunca cesará. Será bienaventuranza eterna. Amén.

Salterio 203:3-4